

## el socialismo científico y la libertad

Si al Socialismo se le considera como una reacción contra la injusticia social y económica, su origen se remonta a las más lejanas épocas de la humanidad; a aquéllas en donde apareció la propiedad privada y la sociedad se dividió en clases antagonicas. Si se le estima como una forma histórica determinada de la sociedad, el socialismo tiene su raíz en la sociedad capitalista y la doctrina socialista misma se formuló en el siglo XIX.

El término **Socialismo** fue creado y usado en la década de 1830-40 para designar al conjunto de ideas surgidas del seno de dos grandes revoluciones: la revolución industrial y la revolución francesa. La revolución industrial junto con renovar las formas económicas y liquidar el antiguo régimen, significó una intensificación de la miseria. En este sentido, el socialismo pretende resolver esa terrible paradoja del mundo contemporáneo: el pauperismo nacido del maquinismo. Desde el punto de vista político el "antiguo régimen" fue eliminado por la revolución francesa; y aunque este trascendental acontecimiento está bastante alejado del socialismo moderno, pues a través de ella se impusieron la burguesía, la propiedad y el liberalismo, y no el proletariado y el socialismo, la doctrina socialista le es deudora de algunos de sus elementos más característicos: el igualitarismo, (apreciable en Robespierre y los "jacobinos" y en Babeuf y los "iguales"); el racionalismo, (para los jacobinos la era de las religiones había pasado, comenzando la era de la razón); es espíritu revolucionario, (la revolución francesa demostró que la energía revolucionaria permite pasar a la sociedad de un régimen determinado a otro diferente); y el internacionalismo, (la revolución no plantea sus principios sólo para la nación, sino también para el género humano).

El término **Socialismo** se hizo corriente entre los sansimonianos, en Francia. Y parece haber sido Pierre Leroux el primero en darle un sentido preciso como doctrina: para Leroux era la teoría opuesta al individualismo; la teoría que subordina el individuo a la sociedad. En Inglaterra adquirió popularidad entre los miembros de la escuela de Robert Owen. Y la palabra se hizo célebre, precisamente, con su panfleto: "**¿Qué es socialismo?**", aparecido en 1841.

En la doctrina socialista es necesario distinguir dos etapas: la

primera, en los orígenes del socialismo, a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, el llamado **socialismo utópico**; y la segunda etapa, a partir de la aparición de "El Manifiesto Comunista", en 1848, el **socialismo científico**.

El socialismo utópico (Saint-Simon, Fourier, Cabet, Owen...), es la concepción determinada por la existencia de profundas injusticias sociales; pero en vez de indagar su solución en el desenvolvimiento de la sociedad, las busca en el cerebro de los hombres. No se apoya sobre la evolución económica, ni en sus leyes, por ignorarlas; ni en los antagonismos profundos de la sociedad moderna, sino en la razón, en la comprensión, en el espíritu de justicia. El socialismo utópico no ve las clases, sino los hombres; se dirige tanto a los pueblos como a los gobernantes; a los pobres como a los ricos. Siempre aprecia las transformaciones como el resultado de espíritu de justicia, a pesar de ser ellas el resultado de los antagonismos sociales y de las luchas originadas por aquellos antagonismos.

Al contrario, si se considera el socialismo como una forma histórica determinada de la sociedad, forma ineludible, a partir de un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas, la doctrina socialista alcanza el carácter de científica. El socialismo científico consiste en observar los hechos y en buscar sus leyes; en utilizar los antagonismos que dominan la sociedad contemporánea y en dar a la clase oprimida en lucha la conciencia de su papel histórico. El régimen capitalista actual ha sido precedido por el régimen feudal y éste por el régimen esclavista. Tres grandes modos de producción, entonces, se han sucedido en la historia. Así como el sistema capitalista nació de la entraña del feudalismo, al desarrollarse debe alumbrar un nuevo régimen. Y analizándolo, buscando sus leyes rectoras, se puede apreciar cómo lleva en sí las condiciones de su propia transformación. Lo puso en evidencia, de manera penetrante y convincente "El Manifiesto Comunista". Las fuerzas productivas, a raíz del progreso de la técnica de los instrumentos de producción, han alcanzado tal grado de avance que desbordan la forma capitalista burguesa de su utilización dando origen a una incompatibilidad dramática. Esta se comprueba por el malthusianismo económico, (destrucción de productos), y la cesantía crónica, hechos que serían más catastróficos si la preparación para la guerra no suscitase ciertas formas económicas y no implicase el empleo de una mano de obra considerable. Pero si el desarrollo de un sistema termina en su propia transformación y en el nacimiento de otro superior, este cambio no se verifica por sí mismo; tiene necesidad de la intervención de los hombres.

El socialismo científico se distingue del socialismo utópico al demostrar que la transformación de la sociedad deriva del conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la forma jurídica de su manejo, y tiene su expresión en la lucha de clases. Este cam.

bio es la condición necesaria de todo progreso ulterior y la clase oprimida por el sistema imperante es la única fuerza social capaz de realizarlo, por cuanto es indispensable romper las formas jurídicas de utilización de las fuerzas productivas, defendidas por la clase privilegiada. El socialismo no puede ser sino el resultado de la lucha de clases.

Pero, ¿cuáles son las características de la sociedad socialista? Hoy día casi todos los países de Europa y Asia se proclaman socialistas. Por otro lado, la propaganda comunista presenta a la URSS, como el país del socialismo, aunque los socialistas la denuncian como una nación totalitaria por su régimen político dictatorial y policiaco. El socialismo es la colectivización de los medios de producción y la dictadura del proletariado dicen unos; el socialismo es la abolición de la sociedad privada, la libertad y el respeto de la persona humana, afirman otros. Según Bourgin y Rimbart las diversas interpretaciones del socialismo concuerdan en que su exigencia esencial es la abolición de la propiedad privada, fuente de todas las desigualdades e injusticias sociales. Al mismo tiempo, dejan bien en claro que el socialismo es una forma de sociedad cuyas bases fundamentales son las siguientes: 1.—Propiedad social de los instrumentos de producción 2.—Gestión democrática de esos instrumentos. 3.—Orientación de la producción en vista a la satisfacción de las necesidades humanas. Además, la instauración de una sociedad así, implica no sólo la eliminación de la propiedad privada, sino también de la propiedad nacional. Entonces, la desaparición de la soberanía nacional es una condición necesaria del socialismo. El socialismo debe realizarse en escala internacional.

En síntesis, el socialismo es una concepción del mundo; un sistema para organizar la producción y distribución de los bienes, y una actitud frente a la vida. Cree en la posibilidad de constituir una sociedad nueva, estable y próspera, implantando la justicia económica y la igualdad social, por medio de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, y de las clases sociales. Reconoce que la colectividad existe para lograr el progreso del individuo y mantener la libertad; que el control de los medios económicos significa el control de la existencia misma, los cuales no pueden ser equitativamente utilizados cuando se encuentran en manos particulares. El socialismo se propone un cambio total en el mecanismo económico-social y lo justifica dando una amplia y efectiva extensión a la libertad humana; la organización económica es la condición, no la antítesis de la plena libertad individual. Y sólo ella permitirá a la Humanidad dar el salto del mundo de la necesidad al de la libertad. La meta del socialismo, en esencia, es implantar un régimen de libertad, donde cada hombre sea estimado como un fin en sí mismo y no como un medio para el fin de otro hombre, es decir, un régimen donde se haya eliminado la actual explotación del hombre por el hombre.

El socialismo es una doctrina completa y orgánica, cuyos principios están basados en investigaciones científicas y en el estudio sistemático de las disciplinas sociales, económicas y jurídicas. Su método es experimental. Y espera que la regeneración social ha de venir del Estado, como expresión de las clases trabajadoras organizadas en el poder, en tránsito hacia su extinción. El socialismo, además, tiene carácter universal y persigue la agrupación internacional de los trabajadores con el objeto de reemplazar en forma general el sistema capitalista. La doctrina socialista es camino de liberación, opuesta a cualquier totalitarismo y supone el reafirmamiento y la extensión de la democracia.

El escrito socialista donde se han sintetizado con mayor elocuencia los puntos de vista de la doctrina es "El Manifiesto Comunista", de Marx y Engels. Alcanzó una influencia universal por sobre todos los demás documentos socialistas de la época, a causa de su síntesis admirable de los rasgos más sobresalientes del desarrollo de la sociedad y de la necesidad histórica del socialismo como culminación de la evolución de la Humanidad. El año de su aparición, 1848, corresponde a un vuelco decisivo de la historia: la economía capitalista se encontraba en el momento de llegar a ser la forma dominante de la sociedad, por su expansión prodigiosa. A pesar de sus crisis periódicas, la producción capitalista progresaba rápidamente. "El Manifiesto Comunista" explica esta transformación y la describe con claridad: revela sus leyes y sus contradicciones de fondo. Es un régimen de progreso y, al mismo tiempo, de explotación y de opresión. Es una categoría histórica necesaria, pero destinada a desaparecer bajo el efecto de sus contradicciones insolubles. La propia dinámica de su desenvolvimiento crea formas de producción que lo excederán y, a la vez, a los hombres correspondientes a esas formas de producción: los asalariados. Al alcanzar las fuerzas productivas un cierto grado de desenvolvimiento, el socialismo es indispensable; deviene una forma histórica inevitable de la sociedad.

Las ideas principales del Manifiesto según el resumen de los tratadistas Bourgin y Rimbart, son: 1.—La historia de toda la sociedad es la historia de la lucha de clases, luchas sin tregua, ya disimuladas, ya abiertas, que terminan siempre por una transformación revolucionaria de la sociedad entera o por la destrucción de las clases en lucha. 2.—La sociedad burguesa no ha hecho sino substituir las antiguas formas de lucha con otras nuevas, y tiende más y más a dividirse en dos grandes clases diametralmente opuestas: la burguesía y el proletariado. 3.—La sociedad burguesa ha desarrollado la división internacional del trabajo y ha hecho a las naciones interdependientes. 4.—La ley de la concurrencia que domina a la sociedad burguesa ha dado a las fuerzas productivas un desarrollo tal que éstas han llegado a ser demasiado poderosas para las condiciones burguesas de producción. Así resulta una contradicción entre la potencia de las fuerzas productivas y su utili-

zación jurídica, o sea, las relaciones de propiedad. 5.—La sociedad burguesa ha desarrollado y concentrado a la clase social que es su negación: los asalariados. 6.—Los asalariados no pueden liberarse de la servidumbre económica sino destruyendo las formas burguesas de utilización de esas fuerzas productivas y creando nuevas condiciones sociales de producción. 7.—La lucha de los trabajadores en sus comienzos es nacional en su forma, pero llega a hacerse internacional a medida de su desarrollo. 8.—Los trabajadores deben organizarse en partido de clase para conquistar el poder político de cada país y concentrar en las manos del Estado los instrumentos de producción. Y termina con las famosas frases: "Los proletarios no pueden perder más que sus cadenas. Tienen en cambio, un mundo a ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!"

Al imponerse el capitalismo como la forma económica dominante de la sociedad contemporánea, el "Manifiesto Comunista" llegó a ser el manual fundamental del socialismo de todos los países. En seguida Marx suministró un estudio detenido, científico y crítico, del régimen capitalista en su obra magna "El Capital". Si en este aspecto "El Manifiesto Comunista" es un punto de partida, "El Capital" es un punto de llegada (Según I. Berlin, "es un intento de ofrecer una visión unitaria e integral de los procesos y leyes del desarrollo social, y contiene una teoría económica completa tratada históricamente y, en forma menos explícita, una teoría de la historia según la cual ésta está determinada por factores económicos. La interrumpen notables digresiones consistentes en análisis y esquemas históricos de la condición del proletariado y de sus empleadores, en particular durante el periodo de transición de la manufactura al capitalismo industrial en gran escala; las introduce para ilustrar la tesis general, pero de hecho muestra con ellas un método nuevo y revolucionario de escribir historia y de interpretar la política"). La historia ideológica del socialismo casi queda terminada con él. En lo sucesivo lo más importante es su historia política, es decir, la organización del proletariado y su actividad para llegar al Poder. Y desde el punto de vista ideológico la labor fundamental consiste en la interpretación y enriquecimiento del pensamiento marxista.

El socialismo como teoría no podía ser sino el resultado de un trabajo intelectual, la obra de numerosos pensadores, entre quienes se destacan, indiscutiblemente, Marx y Engels. Para que la teoría llegase a ser práctica y el socialismo saliese del dominio de la especulación intelectual debía constituir la conciencia de la única fuerza capaz de realizarla. Esta fuerza, aparecida en la actividad pública en el curso del siglo XIX, es el movimiento obrero, el cual comprende pronto su responsabilidad ineludible de transformar la sociedad. Se produjo entonces una fusión entre los pensadores socialistas y el movimiento obrero. De esta fusión nació el movimiento socialista, forma consciente de la lucha de clases. El

capitalismo ha creado las condiciones técnicas del socialismo, pero no serán los capitalistas quienes destruyan su sistema y se aniquilen a sí mismos. Por eso, el régimen socialista será una realidad solamente rompiendo la estructura jurídica de la sociedad capitalista. Y esto no puede ser sino la obra de un factor voluntario, es decir, de la intervención de los hombres. Este factor voluntario es el movimiento socialista.

El análisis marxista de la evolución histórica de acuerdo con H. Lefebvre, deja bien establecido lo siguiente: La sociedad burguesa se formó en un momento dado de la historia, sobre la base de un cierto desarrollo de las fuerzas productivas. La burguesía tuvo una misión histórica: desarrollar sus fuerzas productivas rompiendo los obstáculos del modo de producción anterior. Después, el modo de producción capitalista ha llegado a ser, a su vez, un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas; entra en conflicto permanente con ellas. La misión histórica de la burguesía ya ha terminado; es una clase en decadencia y sólo se defiende por la violencia; las condiciones que permitieron su dominación desaparecen y son excedidas. Al proletariado actuante incumbe la misión histórica de resolver el antagonismo planteado: poner de acuerdo el modo de producción con las fuerzas productivas prodigiosamente acrecentadas. El proletariado y el socialismo son quienes restituirán el carácter social del trabajo, hoy en día en abierta contradicción con la propiedad privada de los medios de producción. En la sociedad moderna es el proletariado quien por su actividad, pondrá término a la alienación humana. Únicamente él puede liberar la sociedad y el hombre, librándose él mismo, porque sufre todo el peso de la explotación y de la opresión. Tal es el papel histórico del proletariado y del movimiento socialista.

Sin duda, el pensamiento marxista es la parte más considerable dentro del conjunto de las doctrinas socialistas. El escritor francés Henry Lefebvre ha destacado en una brillante síntesis la ubicación del marxismo, su valor y sus relaciones con otras doctrinas. Para el escritor mencionado, sólo existen tres grandes concepciones del mundo: la concepción cristiana; la concepción individualista liberal, y la concepción marxista.

La concepción cristiana, formulada con nitidez y rigor por los grandes teólogos católicos, se puede definir, en lo esencial, por la afirmación de una jerarquía estática de seres, actos, valores, formas y personas. En la cima de esta jerarquía se encuentra el ser supremo, el puro espíritu, Dios. Su formulación de mayor amplitud se verificó durante la Edad Media. En los siglos ulteriores ha agregado muy poco a la obra de su máximo representante, Santo Tomás. Por razones históricas esta teoría de la jerarquía convenía particularmente a la Edad Media. Es la concepción medieval del mundo, aunque todavía, en nuestros días, se la propone y defiende como válida.

La concepción individualista del mundo aparece a fines de la Edad Media, y en el siglo XVI con Montaigne. Diversos pensadores la amplían a lo largo de los siglos posteriores. Según ella, la realidad esencial es el individuo y no la jerarquía; él posee en sí, en su fuero interior, la razón. Entre esos dos aspectos del ser humano —lo individual y universal, es decir, la razón—, habría una unidad, una armonía espontánea, lo mismo entre el interés individual y el interés general, entre los derechos y los deberes, entre la naturaleza y el hombre. A la teoría pesimista de la jerarquía, (inmutable en su fundamento y con su justificación en un "más allá" puramente espiritual), el individualismo intenta substituir la por una teoría optimista de la armonía natural de los hombres y de las funciones humanas. Históricamente esta concepción del mundo corresponde al liberalismo, al crecimiento de la burguesía. Es, pues, la concepción burguesa del mundo, (aunque la burguesía en su decadencia la abandona y hoy día se vuelve hacia una concepción pesimista y autoritaria, jerárquica, del mundo).

La concepción marxista del mundo rehusa colocar una jerarquía exterior, (metafísica), a los individuos. Tampoco se deja encerrar como el individualismo, en la conciencia del individuo y en el examen de esta conciencia aislada. Ella considera las realidades que escapan al examen de la conciencia individualista: son las realidades naturales (la naturaleza, el mundo exterior); prácticas, (el trabajo, la acción); sociales e históricas, (la estructura económica de la sociedad, las clases sociales). El marxismo no admite la hipótesis de una armonía espontánea. Comprueba contradicciones en el hombre y la sociedad humana. Así, el interés individual privado se opone a menudo al interés común; las pasiones de los individuos y los intereses de grupos y clases no se acuerdan espontáneamente con la razón, con el conocimiento y la ciencia. Al existir contradicciones se plantean dificultades, obstáculos, problemas a resolver, de donde surgen luchas y acción. El marxismo, entonces, escapa al pesimismo definitivo y al optimismo fácil.

El marxismo apareció históricamente con la sociedad moderna, o sea, con la gran industria y el proletariado y como resultado de la contradicción según la cual el progreso técnico, la liberación del hombre frente a la naturaleza y el enriquecimiento general de la sociedad capitalista, supone la servidumbre y el empobrecimiento de las clases trabajadoras. De esta suerte, el marxismo es la concepción del mundo que expresa las contradicciones y problemas de la época moderna, aportando al mismo tiempo las soluciones racionales correspondientes.

El pensamiento de Marx y Engels es la continuación de las tendencias humanistas del Renacimiento y del movimiento filosófico de los siglos XVII y XVIII. El genio de Marx-Engels analiza, adopta y desarrolla las teorías y doctrinas de la economía política inglesa; de la filosofía alemana, (en especial la dialéctica de He-

gel); y del materialismo y socialismo de los pensadores avanzados de Francia. Según el escritor inglés Ysaiah Berlin, (en su biografía "Karl Marx. Su vida y su contorno"), respecto a los antecedentes de sus concepciones, Marx jamás intentó negar su deuda a otros pensadores y únicamente pretendía haber dado respuestas adecuadas a problemas hasta entonces incomprendidos o interpretados erróneamente, persiguiendo siempre la verdad, y no la novedad. A continuación agrega: "Acaso el embrión de cada uno de sus puntos de vista pueda hallarse en algún escritor anterior o contemporáneo. Así, la doctrina de la propiedad comunal, fundada en la abolición de la propiedad privada, probablemente haya tenido adherentes, en una u otra forma, en muchos períodos durante los dos últimos milenios. Y, por consiguiente, la cuestión a menudo debatida sobre si Marx la tomó directamente de Mably, o de Babeuf y sus seguidores, o de alguna versión alemana del comunismo francés, es demasiado académica para revestir importancia. En cuanto a doctrinas más específicas, un materialismo histórico más o menos semejante se halla plenamente desarrollado en un tratado de Holbach publicado casi un siglo antes, autor que a su vez debe mucho a Spinoza; por lo demás, una forma modificada de ese materialismo fue enunciado por Feuerbach en los mismos días de Marx. La visión de la historia humana como historia de la guerra entre las clases sociales se encuentra en Linguet y Saint-Simon, y fue adoptada en gran medida por historiadores liberales franceses contemporáneos, como Thierry y Mignet, así como por el más conservador Guizot. La teoría científica de la inevitabilidad de la recurrencia regular de crisis económicas fue probablemente formulada por primera vez por Sismondi; la del ascenso del Cuarto Estado fue ciertamente sostenida por los primeros comunistas franceses y popularizada en Alemania en la época de Marx por Stein y Hess. En la última década del siglo XVIII, Babeuf anunció la dictadura del proletariado la cual fue explícitamente desarrollada en el siglo XIX, y en diferentes formas, por Weitling y Blanqui; la posición presente y futura, así como la importancia de los trabajadores en un estado industrial, fue más plenamente estudiada por Louis Blanc y los socialistas estatales franceses de lo que Marx quiere admitir. La teoría laboral del valor deriva de Locke, Adam Smith, Ricardo y los otros economistas clásicos; la teoría de la explotación y la plusvalía se halla en Fourier, y el modo de ponerle remedio, merced a un deliberado control estatal, en los escritos de los primeros socialistas ingleses tales como Bray, Thompson y Hodgskin; Max Stirner enunció la teoría de la alienación de los proletarios por lo menos un año antes que Marx. La influencia de Hegel y de la filosofía alemana es la más profunda y más ubicua de todas; esta lista podría fácilmente prolongarse".

Para Berlin el sistema finalmente erigido por Marx resultó una maciza y original estructura que alteró la historia del pensamiento

humano en el sentido de no poder decirse ya ciertas cosas después de él. Aparte de sus grandes producciones teóricas, sus folletos, artículos y cartas "constituyen un comentario coherente de los asuntos políticos contemporáneos a la luz de su nuevo método de análisis. Son penetrantes, lúcidos, mordaces, realistas, de tono sorprendentemente moderno y apuntan de modo deliberado contra el optimismo dominante en su tiempo". Como revolucionario no aprobaba los métodos de conspiración y, por el contrario, "Se proponía crear un partido político abierto dominado por la nueva visión de la sociedad". Su obra en general es un ataque en contra de la sociedad burguesa, y "en su totalidad constituye la acusación más formidable y fundada jamás lanzada contra todo un orden social, contra sus gobernantes, sus ideólogos, los que lo apoyan, sus instrumentos conscientes e inconscientes, contra todos aquellos cuyas vidas están enlazadas en su supervivencia".

A Marx y Engels les pertenece, como descubrimientos exclusivos, la comprensión de la importancia de los fenómenos económicos y su papel fundamental en la marcha de la sociedad; el análisis de la estructura contradictoria de la economía capitalista y su relación básica: el salario y la producción de plusvalía; el rol histórico del proletariado y la posibilidad de una política independiente de la clase obrera y de la transformación de las relaciones sociales por medio de esa política.

El mérito de Marx radica, según escribe Engels en el prefacio a la tercera edición alemana de "El XVIII Brumario de Luis Bonaparte", en haber sido el primero en descubrir la ley según la cual "todas las luchas históricas, sea que se lleven sobre el terreno político, religioso, filosófico, o en cualquier otro dominio ideológico, no son, de hecho, más que la expresión neta de las luchas de clases sociales, ley en virtud de la cual la existencia de esas clases, y, por consiguiente, también sus choques, son, a la vez, condicionados por el grado de desenvolvimiento de su situación económica, por su modo de producción y su modo de cambio, que deriva también del precedente".

La estructura económica de una sociedad dada, forma siempre la base real que debemos estudiar para comprender toda la superestructura de las instituciones políticas y jurídicas así como de las opiniones religiosas y filosóficas que le son peculiares. Y Marx en sus grandes obras, llevó a cabo el análisis profundo de la estructura económica capitalista. Formuló su teoría del valor sobre el principio del trabajo y demostró que el valor de cualquier mercancía está determinado por la cantidad de tiempo de trabajo, socialmente necesario, invertido en su producción. En seguida demostró, también, que la fuerza de trabajo de un hombre se convierte en mercancía, debiendo venderla al propietario de la tierra, de las fábricas, de los instrumentos de trabajo. Y de la jornada de trabajo sólo una parte se invierte para su sostenimiento (salario), y otra parte se invierte sin recibir nada, creando la plusvalía para el ca-

pitalista, la cual origina su inmensa riqueza. Según Marx, la apropiación del trabajo no pagado es la forma básica de la producción capitalista y de la explotación de los obreros, inseparable de ésta. El capitalista incluso cuando paga la fuerza de trabajo a su valor real como mercancía en el mercado, extrae de ella más valor del que él ha dado para adquirirla. Esta plusvalía constituye la suma de valores de donde proviene la masa de capital sin cesar creciente, acumulada en manos de las clases poseedoras.

El marxismo enseña a los trabajadores que el salario no representa sino una parte del producto de su trabajo; y la otra parte constituye la plusvalía, adjudicándose el capital bajo la forma de ganancia, renta o interés, y originando la acumulación de inmensas riquezas en pocas manos. El salario no es, por consiguiente, sino una forma atenuada de esclavitud, mientras los trabajadores no sean dueños de los medios de producción; y quienes deben organizarse sindical y políticamente para poner término a esta irritante y regresiva situación, generadora de todas estas injusticias y trastornos experimentados por la Humanidad. En este sentido la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.

Para el marxismo, la historia de la humanidad es la historia del desarrollo económico, de los antagonismos sociales, políticos e ideológicos y de las luchas de clases, en las cuales el hombre juega el papel decisivo, pero donde pasa por diversas fases de avasallamiento y emancipación, con la perspectiva de liberarse finalmente de todas las servidumbres extrañas. El socialismo es la fase en la cual comienza la liberación del hombre por medio de la transformación de los medios fundamentales de su servidumbre, de su alienación. (Marx define su concepto de la alienación, o enajenación, en "La ideología alemana" así: "los actos propios del hombre se erigen ante él en un poder ajeno y hostil que le sojuzga, en vez de ser él quien los domine").

La historia ha conocido dos formas decisivas de alienación y de limitación de la personalidad humana. En primer lugar, la alienación económica sobre la base de la propiedad privada que coloca al hombre, a su trabajo, bajo la dominación de otro. El hombre es el creador de todos los valores, pero al estar alejado de los medios de producción, la propiedad privada lo rebaja al nivel de un instrumento, de un objeto, porque no respeta su personalidad y la subordina al poder de potencias extrañas. El derecho de propiedad conduce a la explotación completa del trabajo y a la anarquía inherente a todo sistema social establecido sobre el derecho de una minoría a beneficiarse, como si le perteneciera, del trabajo de la mayoría de los productores.

La propiedad social de los medios de producción y la gestión de la economía por los productores mismos es el primer acto de una verdadera humanización del hombre, acto consistente en entregar a los productores los medios de producción y elevarlos del estado

de objeto al estado de sujeto, de la esclavitud al poder; de la inseguridad a la seguridad del trabajo; de la miseria al comienzo del goce del derecho de decidir ellos mismos la repartición del producto del sobretrabajo y la participación activa en la apropiación de una parte determinada de la plusvalía. Marx ha escrito: "la supresión efectiva de la propiedad privada en tanto apropiación de la vida humana, es la supresión real de toda alienación, es la vuelta del hombre a su naturaleza humana". Así, pues, la gestión de la economía por los productores sobre la base de la propiedad social de los medios de producción es el elemento esencial del humanismo socialista. La colectivización de los medios de producción exige la influencia efectiva de los trabajadores en las organizaciones económicas y en el seno de los consejos de productores; y la eliminación de los privilegios del burocratismo y del parasitismo social. En caso contrario se cae en el capitalismo de Estado burocrático, con la consiguiente explotación inhumana del trabajo, como ha ocurrido en el régimen comunista-soviético. El ensayista Sebastián Frank ha escrito, con exactitud: "Sólo podrá implantarse una democracia real cuando los que producen dejen de ser los esclavos de sus herramientas y dispongan por sí mismos del poder sobre los medios de producción, y esto no se alcanza sino por medios democráticos... No hay caso de que el control democrático sobre los medios de producción pueda realizarse mediante una organización que escapa al control de sus propios medios. A fin de lograr este propósito, debe verificarse un cambio gradual del ambiente a través de una expansión incesante de los sectores democráticos y asimismo un cambio de los propios individuos. El pueblo no podrá adquirir la capacidad de forjarse su destino sino mediante su propia experiencia política".

La segunda forma esencial de alienación y de limitación del hombre encuentra su expresión en el dominio de la política, es decir, del Estado y del Derecho. El Estado es un instrumento de alienación de los derechos de la personalidad política del hombre, aun cuando este Estado le reconozca ciertos derechos políticos. Al realizarse el socialismo, a consecuencia del imperfecto desarrollo de las fuerzas materiales, de las contradicciones de clase, de la presión ejercida por toda suerte de prejuicios y de vestigios de la antigua sociedad en las relaciones sociales, en las ideas y los sentimientos del hombre, el Estado debe mantener todavía aquella alienación. La libertad, elemento de la personalidad humana, se encuentra todavía limitada. Pero esta restricción debe ser condicional y provisoria, porque el socialismo engendra, y exige al mismo tiempo, la democracia. Como sistema social no puede instaurarse ni desenvolverse sin democratismo. La propiedad social de los medios de producción, la gestión obrera y la orientación de la producción hacia la satisfacción de las necesidades humanas significan un ensanchamiento de la democracia y de sus fundamentos sociales, y señalan la conquista de la soberanía económica; al mismo tiempo ofre-

ce una base material a un goce efectivo y completo de los derechos individuales, políticos, sociales y económicos. La democratización impide la aparición y robustecimiento de la burocracia y hace efectiva la gestión obrera. La democracia, entonces, es parte integrante e indispensable del socialismo. En el socialismo encuentra la democracia la base que le permite realizarse y es en la democracia donde el socialismo encuentra la condición indispensable de su existencia y de su desarrollo.

A menudo se indican tendencias autoritarias en el conjunto de teorías de Marx, pero el contenido medular de su obra entera está dirigido a denunciar todo cuanto enajena al hombre y lo reduce a un objeto en vez de elevarle a la dignidad de un sujeto. El pensamiento marxista en sus diversos aspectos tiende a perfeccionar y a completar la herencia democrática y humanitaria del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX y, al mismo tiempo, es profundamente revolucionario. En su ensayo "Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel" escribió Marx unas líneas en las cuales sintetiza en forma admirable su posición humanista y revolucionaria: "Es cierto que el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, que el poder material tiene que derrocarse por medio del poder material, pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas. Y la teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando argumenta y demuestra ad hominem, cuando se hace radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo... La crítica de la religión desemboca en la doctrina de que el hombre es la esencia suprema para el hombre y, por consiguiente, en el imperativo categórico de echar por tierra todas las relaciones en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable". Y el medio para realizar ese "imperativo categórico" de destrucción de las relaciones sociales opresivas es la revolución. La revolución solamente permitirá el derrocamiento del sistema capitalista, explotador y sojuzgador del hombre y, a la vez, la completa emancipación del individuo y de la sociedad.

Lenin ha señalado con claridad el valor de la revolución en las concepciones de Marx, en un párrafo sugestivo: "El marxismo difiere de todas las otras teorías socialistas en que enlaza de manera notable la serenidad científica en el análisis de la situación y de la evolución objetivas, con el reconocimiento categórico de la importancia de la energía de la creación y de las iniciativas revolucionarias de las masas, así como, naturalmente, de los individuos, de los grupos, de las organizaciones, de los partidos que saben descubrir y realizar el contacto con esta o la otra clase. La importancia de los periodos revolucionarios en el desenvolvimiento de la humanidad se desprende de todo el conjunto de las concepciones históricas de Marx; es en estos periodos que se resuelven las múltiples contradicciones que se acumulan lentamente en los periodos llamados de evolución pacífica. Es en estos periodos que se manifiesta

con más fuerza el papel director de las diferentes clases en la determinación de las formas de la vida especial, que se crean los fundamentos de la superestructura política, los cuales se mantienen después durante mucho tiempo a pesar del cambio de régimen de producción. Al contrario de los teóricos de la burguesía liberal, Marx no veía en dichos períodos precisamente desviaciones de la marcha "normal", síntomas de la "enfermedad social", tristes resultados de excesos y de errores, sino los momentos más vitales, más importantes, más decisivos de la historia de las sociedades humanas".

Paralelamente al marxismo, y en constante polémica con él, se elaboró la doctrina anarquista. Proudhon y Bakunin formularon un conjunto de teorías con diversas raíces socialistas y en varios aspectos contrarias al socialismo. El anarquismo acepta la concepción materialista de la Historia y se apoya en la lucha de clases. Afirma que la propiedad privada es una fuente de explotación y de tiranía de un grupo reducido sobre la gran mayoría. Para el socialismo, la desaparición de la propiedad privada y su reemplazo por la propiedad social, manejada por los trabajadores, dentro de un cuadro planificado por el Estado, como fase de transición, podrá libertar al individuo. En cambio, el anarquismo teme ese dominio del Estado no obstante el cambio de sus funciones, aun como etapa transitoria, porque heredaría las tendencias tiránicas propias del capital privado. Por eso busca el medio tendiente a reconciliar de inmediato la posesión comunal con la mayor disminución posible de los poderes del Estado y su más rápida y completa abolición. El anarquismo ataca al marxismo por creer encontrar en sus doctrinas una fuerte tendencia hacia la autoridad y el centralismo, o sea, hacia el estatismo. El rasgo más característico de la teoría anarquista es su resistencia a todo género de autoridad impuesta. De aquí su oposición al Estado por ser la fuerza organizada en el gobierno de la comunidad. Los anarquistas combaten los organismos policiales y las leyes penales por medio de las cuales la voluntad de una parte de la comunidad es forzada por la otra. Para el credo anarquista el supremo bien es la libertad y la persigue por el camino directo de la abolición de toda imposición de control de la comunidad sobre el individuo. Para Bakunin, en su obra "Dios y el Estado", los dos grandes obstáculos en contra de la libertad humana son la creencia en Dios y la vigencia del Estado. La abolición de la Iglesia y del Estado y de la propiedad privada, es decir, de todo poder coercitivo, es el anhelo fundamental del anarquismo. Aspirar a instaurar un amplio colectivismo y la anarquía, esto es, en vez del Estado deberán existir federaciones de comunas.

Con respecto a los medios de lucha para preparar la revolución, rechaza la actividad estrictamente política y, en cambio, propicia el movimiento obrero organizado en sindicatos, cooperativas y organismos de resistencia, en los cuales se exprese democráticamente la capacidad política de las clases trabajadoras y por medio de la

huelga general y la insurrección de la comuna, impongan su voluntad.

En cuanto a la agrupación internacional de la clase obrera, Bakunin era partidario de ella, pero manteniendo la autonomía de sus secciones y su derecho a actuar en forma independiente. Era hostil a la centralización. De ahí surgieron sus polémicas con Marx y el resultado fue la desaparición de la I. Internacional.

Dentro del movimiento socialista se han diseñado tres grandes corrientes para enfocar e interpretar el conjunto de las doctrinas de Marx-Engels:

1º.—La revisionista y reformista. Sus adeptos creen encontrar en los nuevos hechos sociales y políticos elementos rectificadores de la doctrina de Marx. Por eso tratan de corregirlas y despojarlas de su espíritu revolucionario. Esta corriente se proclama democrática y liberal. Nutrió en parte considerable a los partidos social-demócratas y a la II Internacional.

2º.—La revolucionaria y democrática. Acepta el conjunto de las doctrinas marxistas enriqueciéndolas con los nuevos hechos y aportes del devenir, a la luz del método suministrado por los maestros. Reconoce que Marx nos ha dado de manera inmejorable el sentido de dinamismo de la naturaleza, de la sociedad y del hombre; a él debemos la idea de desenvolvimiento y superación y la tendencia a dominar las contradicciones y oposiciones existentes en vez de sólo acusarlas. Se apoya con firmeza en la concepción del materialismo histórico, por ser el más fecundo método científico de abordar el estudio de la sociedad, hostil a toda metafísica y excluyente de cualquier concesión a "fuerzas trascendentales", "leyes eternas", o "caudillos infalibles". Esta corriente fue siempre sostenida por las alas de izquierda de los partidos socialistas europeos y por algunos movimientos socialistas en América y Asia.

3º.—La comunista bolchevique. Esta corriente, en su época leninista, aunque en forma violenta y sectaria, correspondió a un intento de interpretar las doctrinas marxistas de acuerdo con los nuevos hechos de la época del capitalismo imperialista e influida por la situación particular de Rusia. El análisis de Lenin del imperialismo es, sin duda, muy valioso, pero en sus posiciones políticas cometió el error de elevar al rango de dogmas inamovibles muchas consideraciones tácticas de Marx, en su primera época, definiéndolas como la actitud única y excluyente del pensamiento político marxista, en circunstancias de estar su valor limitado a su tiempo. Al triunfar la revolución de 1917, las posiciones de Lenin pasaron a constituir el cuerpo doctrinario del comunismo soviético y de la III Internacional.

Al morir Lenin y caer el poder de la URSS en manos de Stalin, éste mantuvo una adhesión formal rígida al marxismo-leninismo, pero, en la práctica, erigió un sistema totalitario y policial en abierta oposición con el humanismo marxista. En manos de los comunistas stalinistas la interpretación del marxismo dejó de ser mate-

rialista y científica; se volvió exclusivamente dialéctica e idealista. En ellos la influencia de Hegel alcanzó mayor profundidad que la de Marx, y el materialismo no fue una ciencia sino una fe. Por eso, en su manejo la dialéctica marxista se transformó en una escolástica congelada, con una interpretación oficial rígida y un estéril conformismo partidario. Se la esgrimió para justificar un régimen despótico y para aplaudir las monstruosidades de un dirigente: Stalin. El comunismo soviético-stalinista desprestigió el marxismo y el socialismo.

Federico Engels, quien sobrevivió doce años a su amigo, hizo numerosas aclaraciones al conjunto de las doctrinas originales, tanto en lo sociológico como en lo político. De aquí lo equivocado de una posición cerrada y unilateral frente al vasto y complejo pensamiento de Marx-Engels, elaborado a lo largo de medio siglo. Una de las objeciones más frecuentes al marxismo se refiere a su concepción materialista de la historia. Se le acusa de haber formulado un determinismo económico rígido y de haber impregnado toda su filosofía de un fatalismo ciego, según el cual la historia tendería por una necesidad ineluctable hacia la revolución socialista, en donde los hombres serían simples objetos de la historia y no actores y autores de ella. En este campo, el filósofo italiano Rodolfo Mondolfo, ha trazado análisis eruditos definiendo con acierto su verdadero alcance. La doctrina marxista del materialismo histórico, o sea su concepción de la historia, tomó su nombre del hecho de haber surgido contra la concepción idealista de Hegel, atribuyendo la función de principio motor de la historia al sistema de las necesidades humanas sociales, consideradas por Hegel solamente materia y medio de la razón. Pero se equivocan quienes reducen su contenido a suponerle que el movimiento de la Historia está determinado por el ritmo automático de los procesos económicos. Según Mondolfo, el materialismo histórico no puede convertirse en determinismo económico, porque "es otra teoría, históricamente preexistente y concomitante con él, una de las teorías de los factores históricos, que hace el factor económico el demiurgo de la historia y su verdadera substancia, reduciendo el resto a simple epifenómeno e ilusoria superestructura. Contra este blanco del determinismo económico se han desencadenado los golpes de los críticos y las tentativas de superación del marxismo, los cuales a menudo contraponen a tan deformada imagen del materialismo histórico precisamente los lineamientos que son esenciales y peculiares de su verdadera figura. El materialismo histórico, a su vez, quiere superar todas las abstractas teorías de los factores con la concreta filosofía de la praxis. Y filosofía de la praxis significa concepción de la historia como creación continua de la actividad humana por la cual el hombre se desarrolla, o sea, se produce a sí mismo como causa y efecto, como autor y consecuencia a un tiempo, de las sucesivas condiciones de su ser. Al concepto del hombre movido fatalmente por el oscuro poder de la historia, Marx y Engels, ya desde "La sagrada familia", oponen que "es más bien el hombre, el hombre viviente y efectivo,

quien hace todo, quien posee y quien combate; la historia no es algo que se sirve del hombre como medio, sino nada más que la actividad del hombre que persigue sus fines".

Según R. Mondolfo, la historia es, para Marx, praxis, lucha constante, en el interior de la sociedad humana; es "enteramente historia de lucha de clases, en cuanto que es continuo conflicto de las fuerzas dinámicas contra la estática de las formas de las relaciones constituidas. Son, sobre todo, fuerzas de producción contra formas de producción y relaciones de propiedad; porque entre las necesidades que estimulan las actividades sociales humanas hay una que es más general, fuerte e impelente que las otras: es el interés económico. En este respecto, puede representar en el curso de la historia casi el hilo rojo que señala el camino esencial. Pero no está nunca separado de las otras necesidades y de las otras formas de actividad, porque no es separable de su sujeto, que es el hombre, más bien la sociedad humana, en la cual todas las exigencias, tendencias y manifestaciones de la vida se unifican en indivisible relación de acciones y reacciones".

En otro esclarecimiento expresa R. Mondolfo: "En la acción histórica hay siempre el momento crítico (conciencia de las condiciones existentes que son a la vez límites e impulsos de la acción) y hay el momento práctico (acción innovadora) inseparable siempre uno de otro. En esta unidad y recíproca dependencia está el carácter crítico-práctico de la concepción del materialismo histórico contrario por eso a las dos opuestas utopías de la reacción conservadora y del revolucionarismo anticrítico. Contra ellas, afirma de una parte que cuando las fuerzas productivas entran en conflicto con las relaciones de producción y de propiedad existentes entraña una época de revolución social; por otra, que una formación social no muere antes de que sean desarrolladas las fuerzas que es capaz de crear, y se hayan formado las condiciones de existencia de las nuevas formas. Así, en su acción histórica, "la humanidad se plantea solamente los fines que puede alcanzar"; y el materialismo histórico, aún concibiendo la historia como un desarrollo continuo de praxis revolucionaria, ha podido ser definido por Sorel como "consejo de prudencia a los revolucionarios". La definición que mejor responde a su verdadero carácter es, pues, "concepción-crítica-práctica de la historia".

También han sido criticadas rudamente las teorías económicas de Marx. Sus impugnadores manifiestan que han envejecido muchas de sus principales afirmaciones, porque el capitalismo ha experimentado un gigantesco desarrollo, remontando sus crisis y adaptándose con eficacia a las nuevas condiciones, sin producirse su derrumbe. Y aquella tesis marxista de que las leyes de producción capitalista conducen a la pauperización creciente de las masas, estaría refutada por el bienestar alcanzado por las clases obreras de los grandes países. Sin embargo, si se examina este asunto, se llega a la conclusión irrefutable de que el bienestar logrado no se debe a una tendencia del capitalismo, cuyo análisis haya escapado a Marx, sino a la acción organizada y permanente de la clase obre-



ra, en conocimiento de las leyes del régimen capitalista, según su estudio científico, y cuya consecuencia práctica ha sido una modificación apreciable de la repartición de las rentas.

En general, lo señalado por Marx, sobre las leyes y características del capitalismo, se evidencia de manera patente en su desenvolvimiento contemporáneo. Su principal contradicción, de la cual derivan las demás, entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la propiedad de los instrumentos de producción se mantiene y exhibe a cada instante. Y para prolongar su existencia ha debido aceptar la intervención drástica del Estado en su proceso, naciendo un tremendo capitalismo de Estado, completa negación del capitalismo liberal del siglo XIX.

Los tratadistas Bourgin y Rimbart al analizar el desarrollo del capitalismo, a la luz de los principios del socialismo científico, comprueban que sus leyes fundamentales son éstas: la búsqueda obstinada del beneficio, la concurrencia, la concentración y la tendencia a la baja de la tasa de beneficio. Se advierte con claridad que el motor de la economía capitalista es la búsqueda del provecho, lo cual provoca una concurrencia áspera entre los capitalistas impeliéndolos, a cada uno de ellos, a agrandar su empresa y a eliminar a sus competidores. De ahí surge la concentración. La búsqueda del beneficio se persigue, entonces, entre empresas gigantescas haciéndose una dura competencia en el interior de un mismo país o de un país a otro, lo cual les lleva a acrecentar sin cesar su productividad, perfeccionando su técnica de producción. El aumento de la productividad no es posible más que por el aumento proporcionalmente más grande del capital constante (maquinarias, fábricas, materias primas) en relación al capital variable (salarios), con lo cual el capitalismo termina desarrollándose en la disminución de la tasa de beneficio. El beneficio, motor de la economía capitalista, es al mismo tiempo, su punto vulnerable. Ha sido su búsqueda la base del gigantesco avance del capitalismo, pero su progreso supone la desaparición del provecho. Es, entonces, cuando los capitalistas se entienden y forman los monopolios, con vista a limitar la producción y así salvaguardar el beneficio; o a buscar nuevos mercados para colocar sus productos y realizar inversiones para obtener una tasa más elevada de beneficio. Es la época del capitalismo imperialista, dirigido a la rapiña y explotación bárbaras de los países atrasados y subdesarrollados. Y, es también la era de las colosales conflagraciones, destacadas por la pugna de vastas coaliciones monopolistas.

Este análisis, verificado según los principios y el método marxista, es inobjetable. Sin duda, Marx no pudo figurarse que el progreso técnico y científico tomaría un ritmo tan colosal hasta engendrar una "segunda revolución industrial", pero, no obstante, las estructuras sociales de las naciones industrializadas, aunque diferentes a las de mediados del siglo pasado, no han perdido su carácter antagónico ni su tendencia a la concentración del poder económico y político y sólo la resistencia tenaz de las clases asalariadas ha impedido el establecimiento de un totalitarismo universal, anti-

humano, como culminación de aquella tendencia propia del capitalismo. Y en la URSS existe este totalitarismo, precisamente por haberse instaurado un despiadado capitalismo de Estado, en vez de socialismo.

En cuanto al mejoramiento de las condiciones de trabajo se ha debido a la actividad organizada e incansable de la clase obrera, a través de los sindicatos y los partidos socialistas, en cuyos programas de reivindicaciones inmediatas se contempla la disminución de la jornada de trabajo, la reglamentación del trabajo de las mujeres y de los niños, el alza de los salarios, las leyes de previsión y de protección, etc., junto a la acción más vasta dirigida a la conquista del poder político.

Respecto a la democracia tal como existe en muchos países occidentales y como empieza a organizarse en varias naciones asiáticas existe una marcada propensión a olvidar que ella no ha sido un regalo de la burguesía, sino una conquista difícil y dolorosa de las clases populares, las cuales deben combatir sin tregua para mantenerla y vigorizarla. Finalmente, la justeza de las doctrinas económicas, sociales y políticas de Marx-Engels, se alza indiscutible cuando vemos que en la sociedad actual, a pesar de todo su prodigioso avance económico y de su portentoso progreso técnico, permanecen intactas las diferencias de niveles de vida de las distintas capas sociales; se mantienen los antagonismos sociales e internacionales; son frecuentes las crisis de cesantía y de "sobreproducción", y, sin embargo, las tres cuartas partes de la población yacen en un espantoso subconsumo y no se aminoran las tendencias del régimen capitalista a eliminar los sectores intermedios colocados entre los asalariados y los empresarios.

En la hora presente, el Socialismo ya no es sólo una aspiración de las clases oprimidas; se impone como la única solución a la economía y al conjunto de las relaciones sociales. En la época en que vivimos, el fin inmediato del desarrollo de la sociedad, y de la realidad mundial, es el Socialismo entendido como la organización de una sociedad, donde la propiedad de los medios de producción y de cambio haya sido abolida en provecho de la colectividad, y donde el hombre haya alcanzado su plena libertad, al liberar la totalidad de las fuerzas productivas.

La explotación e inseguridad de las clases trabajadoras, dentro del actual régimen democrático-capitalista, se desprende de la propiedad privada de los grandes medios de producción, distribución y cambio (tierras, minas, fábricas, bancos, ferrocarriles), determinando la apropiación particular y privada de la plusvalía. El Socialismo supone la socialización y entrega de dichos medios a quienes trabajan y producen, implantando la democracia y la libertad, puesto que la sociedad adquiere los elementos que permiten organizar la producción para el consumo, y no para el lucro, eliminando las causas de la miseria, de las crisis y de la guerra. Muchos creen que la socialización de los medios de producción y de cambio, ahoga la libertad individual, y que la economía socializada tiende a una gestión burocrática, sostenida por un Estado policial y tiránico. Es

verdad que la colectivización de los medios de producción y de cambio, supone una transformación revolucionaria de la sociedad, y debe provocar fatalmente una dura resistencia de las clases poseedoras, obligando a realizar una acción drástica por las clases desposeídas, y a usar transitoriamente de la violencia para imponerla. En cuanto al peligro de la burocratización y dictadura estatal, esto se evita con la participación directa de los trabajadores en la economía y la política, a través de la autogestión, o manejo democrático de los medios de producción socializados, y de la actividad consciente y responsable de sus organismos y partidos propios. De esta suerte el Estado pasa a tener un rol planificador y orientador. El Socialismo combate el estatismo y la burocracia; el verdadero Estado Socialista es aquel que garantiza, a la vez, la autoridad para asegurar las nuevas instituciones y la libertad para lograr la amplia gestión de las masas populares. La misión fundamental del Estado Socialista es tender, sin cesar, a la reforma social, el desarrollo material y al mejoramiento moral y humano del individuo; y significa establecer la justicia social, asegurar la efectiva libertad individual y el gobierno democrático. En este sentido la misión del socialismo está a la orden del día, y responde exactamente a las necesidades del mundo actual.

El poderoso impulso de las fuerzas productivas, debido al avance de la ciencia y la técnica, hasta llegar a la utilización de la energía atómica, lo impone como un modo de producción superior, capaz de solucionar racionalmente las necesidades de la sociedad, por medio de la organización justa, planificada, de la producción y distribución, en la que el hombre ya no se verá obligado a consagrar su vida entera al trabajo físico, y no dependerá de las leyes del mercado, es decir, de las fuerzas ciegas y oscuras que obran fuera de su voluntad. El hombre, entonces, edificará libremente su economía, con arreglo a un plan.

La burguesía liberal conquistó la libertad en contra del feudalismo, (la libertad de conciencia durante la Reforma del siglo XVI; la libertad intelectual en el siglo XVIII y cuyo exponente más elevado es la Enciclopedia; la libertad política con la revolución francesa de 1789 y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano), pero pronto la estableció en su exclusivo beneficio, a través del Estado Capitalista. En la sociedad actual es el proletariado quien la defiende y la anima de un contenido más amplio, luchando por extenderla a la sociedad entera. Es el heredero auténtico de las clases que le precedieron en el dramático movimiento de la conquista de la libertad.

Si la sociedad humana es el resultado histórico de la lucha por la existencia y su carácter es determinado por el de la economía, y el de ésta por el estado de sus fuerzas de producción, en la actualidad se impone un cambio trascendental que dé vida a una nueva economía. A cada gran época, en el desarrollo de las fuerzas productivas corresponde un régimen social definido. En el presente, el régimen burgués-capitalista, que ha asegurado grandes ventajas a la clase dominante, ha terminado su misión esencial, que fue la

elevación del nivel del poder y de la riqueza humana con respecto del feudalismo, de acuerdo con los postulados del liberalismo, su concepción filosófica del mundo. Hoy día es un régimen económico y social agotado; entraba el desarrollo actual de las fuerzas productivas, y su libertad es la libertad burguesa que no rige para las masas laboriosas. El capitalismo se sobrevive artificialmente, por no responder a las necesidades históricas del presente. Ahora detiene el desenvolvimiento de la Humanidad, y ésta no puede estancarse ni inmovilizarse. La libertad burguesa es sólo formal y, en la práctica, impera con grandes limitaciones.

El Socialismo trata de conseguir la transformación de la estructura económica y social, para lograr la plena libertad y el funcionamiento de una auténtica democracia. Ha puesto en evidencia la importancia de los hechos económicos, y la insuficiencia de la democracia formal, puramente política. Por esta razón, la crítica de la democracia que hace el Socialismo está inspirada en el deseo sincero de instaurar una democracia real y perfecta. El Socialismo no solamente se preocupa de la organización económica, del acondicionamiento de la producción y del aumento de su rendimiento; también se afana por la libertad individual, y por la vida espiritual y moral del hombre.

La burguesía ha terminado su rol, pero nunca una clase dominante ha abdicado voluntaria y pacíficamente su poder. De ahí surge la revolución que, en su fondo, constituye un cambio de régimen social, transmitiendo el poder de una clase agotada a la de otra en ascensión. La revolución triunfa únicamente cuando se ha apoyado sobre la clase progresiva, capaz de agrupar en torno suyo a la inmensa mayoría del pueblo. En la sociedad burguesa-capitalista, la clase obrera es la única clase revolucionaria, y el socialismo, que interpreta las exigencias de esta clase, lucha contra la situación actual, en nombre de las necesidades del mayor número y de un principio superior de libertad y justicia buscando las nuevas condiciones materiales sobre las cuales ha de construir un nivel de vida más elevado, y los nuevos valores morales que dirijan la convivencia humana. El Socialismo despierta a las masas, señalándoles su esclavitud e inferioridad actuales, a pesar de su papel social inmenso e irremplazable. Y pide, en nombre de la libertad, para dársela a todos y no, exclusivamente, a una minoría, el fin de los privilegios burgueses. En nombre de la libertad, exige una distribución justa y equitativa de la riqueza y el aseguramiento a todo ser de una vida digna. En nombre de la libertad, habla del reemplazo del criterio egoísta de la utilidad personal por la idea colectiva en la dirección de la vida social. En la sociedad actual, son la clase trabajadora y el Socialismo los verdaderos representantes del progreso, de la paz y de la libertad. Solamente éste puede eliminar los factores que dan a la libertad, en el sistema capitalista, una inseguridad tan grande, que siempre los hombres están luchando para obtenerla, defenderla o reconquistarla.

La lucha por la libertad, planteada por el Socialismo, incluye fundamentalmente, reivindicaciones económicas y reformas so-

ciales atrevidas. La lucha por el pan, y por condiciones de vida más humanas, se identifica para todos los sectores obreros, y para la sociedad en general, con la lucha por la libertad. La realidad socialista será un hecho, en la medida que reorganice la economía, y la transformación de la estructura social "pueda acompañarse de una renovación moral en la conquista de una humanidad de calidad mejor, más justa, más espiritual", a fin de que sus miembros sean verdaderamente libres.

La democracia social exige nuevas instituciones económicas, que aseguren nuevas condiciones de vida, en donde los privilegios, engendradores de las injusticias y conflictos, hayan desaparecido y renovadas formas de convivencia eliminen toda acción mezquina y egoísta. En tal sentido, debe constituir la realización efectiva "de las ideas de justicia y de libertad entre los hombres". El Socialismo, según el talentoso y heroico socialista italiano, mártir de la lucha antifascista, Carlos Rosselli, pretende transformar la sociedad, lograr el ennoblecimiento de la política y del individuo, requisitos esenciales de una verdadera democracia, en el curso de una lucha continua, contra las injusticias y corrupciones de una sociedad egoísta, basada en el poder del dinero.

Los socialistas reclaman las transformaciones sociales más avanzadas y las justifican en nombre del principio de la libertad plena, efectiva, positiva, para todos los seres humanos en todos los aspectos de su existencia. Esta acción del socialismo en favor de la libertad no posee un carácter económico únicamente, persigue, también, la realización de los valores permanentes del espíritu. Desea una libertad integral. Para el socialismo es utópico hablar de respeto de los principios democráticos, de moral y de autonomía espiritual, cuando nos dirigimos a seres que viven miserablemente, logrando apenas, después de un trabajo agotador, satisfacer las necesidades primordiales de la vida. La miseria es la gran enemiga de la libertad en la misma medida que lo es la riqueza privilegiada. Por ello la condición principal para la realización de la libertad es la destrucción de los privilegios y la conquista permanente de un grado relativo de bienestar.

El socialista lucha para obtener la verdadera libertad y lo hace por su convicción sacada del estudio objetivo de los fenómenos sociales, por su sentimiento de justicia y por su adhesión activa a la causa de los pobres y de los oprimidos. En el fondo, el Socialismo, además de ser una concepción del mundo y un método, es un ideal. El móvil socialista "quiere hacer más felices a los hombres, y también mejores. Si es verdad que el socialismo lucha por la transformación de las cosas, lo hace, asimismo, para modificar las conciencias". Y en, esta lucha, Socialismo y Libertad marchan unidos en pos de la liberación del hombre. Con profunda exactitud, Juan B. Justo, el líder más importante del socialismo argentino, ha escrito que "el socialismo más que una teoría histórica, una hipótesis económica y una doctrina política, es un modo de sentir, pensar y obrar que vigoriza y embellece la vida de los individuos como la de los pueblos".

La democracia y la libertad solamente pueden ser reinterpretadas en la teoría y en la práctica por el Socialismo. En cambio, las ha desprestigiado el liberalismo burgués al esforzarse por defender el proceso histórico en su etapa actual, para eternizar su dominio y mantener la libertad como un privilegio de clase. El liberalismo burgués se opone a la entrada en la escena de la Historia de las nuevas fuerzas sociales, las clases trabajadoras; y por otra parte, se apega dogmáticamente al liberalismo económico, generador del capitalismo, (el liberalismo político defiende la doctrina de la libertad individual), caduco, y fracasado, que trata de mantener incólume los añejos conceptos de propiedad privada, herencia, lucro individual y del Estado como órgano de policía al servicio de la burguesía.

Si el liberalismo envuelve la idea de libertad, en la práctica la defiende en forma limitadísima. El Socialismo expresa el anhelo de libertad y la exigencia de organización. El espíritu exige la libertad política; la necesidad material impone la organización económica. Tal como lo manifestara Fourier, ser socialista es hacer el inventario de las necesidades humanas y darles satisfacciones. Y al conseguirlo permite que la libertad impere efectivamente para todos los miembros de la sociedad. La supuesta afirmación de que el socialismo es enemigo de la libertad, deriva del excesivo hincapié de algunos discípulos de Marx en asignarle un valor muy relativo e histórico, (la libertad y la moral serían productos históricos, simples reflejos de la evolución del mundo externo), confundiendo su esencia con sus manifestaciones pasajeras. Esta actitud, sin embargo, no guarda relación con el pensamiento y la actividad de Marx. Su preocupación por el hombre es constante y su lucha por la libertad, apasionada e intransigente. Poseyó una fe indestructible en las capacidades del hombre y en las posibilidades de su transformación y de su perfeccionamiento. Al combatir la reacción en algunos países europeos y denunciar sus tendencias conquistadoras, señalaba su derrota inevitable ante "la fuerza explosiva de las ideas democráticas y la sed ingénita del hombre por la libertad". Y no aceptaba su defensa por cualquier hipócrita u oportunista, porque "el que quiere defender la libertad debe primero amarla".

La URSS, al transformarse en una organización dictatorial basada en la socialización de los medios de producción, extendió aquel juicio simplista y equivocado. El comunismo soviético ha desacreditado la libertad y, en la misma forma, el socialismo y la democracia, a causa de su sistema tiránico absorbente, donde se ha avasallado al hombre sometiéndolo completamente inerte a un Estado totalitario. Las ventajas económicas logradas no compensan tal esclavizamiento del hombre. Pero, es preciso no confundir el socialismo, libertario por excelencia, con el comunismo soviético, opresor, totalitario y aplastador de la personalidad humana. Es una verdad profunda la expresada por el líder socialista francés, León Blum, cuando ha dicho: "hay una conexión indisoluble entre

socialismo y democracia; sin socialismo la democracia es imperfecta y sin democracia el socialismo es imposible”.

El socialismo combate todo totalitarismo para afirmar una posición democrática y libertaria; señala el peligro de los regímenes dictatoriales centralizados y la amenaza de los grupos reaccionarios: sectores monopolistas, consorcios imperialistas, tarifas clericales y pandillas militaristas. El socialismo precisa que la clase trabajadora es genuinamente democrática y si lucha por eliminar la propiedad privada de los medios de producción y la existencia de las clases antagónicas, es para conseguir la democracia y la libertad. Y como régimen de transición persigue la creación de una economía de Estado planificada, con amplias nacionalizaciones, hacia un colectivismo evolutivo, a cumplirse en provecho de los intereses populares y humanos, destruyendo los viejos privilegios, pero manteniendo en forma intransigente la libertad y reconociendo la acción y dirección de los trabajadores, por medio de sus organismos sindicales y cooperativos y los consejos de productores y comunas, en el proceso. El socialismo en ningún instante coarta la fecunda iniciativa de las masas y tiene el convencimiento de que apoyado en ellas podrá realizar la transformación del régimen capitalista en otro de verdadera democracia económica y social, sin la cual no es posible la democracia política.

Para Carlos Kautsky, el gran teórico socialista y colaborador de Federico Engels, la lucha por el socialismo y por la emancipación del trabajo es, al mismo tiempo, una lucha por la emancipación humana en general; la organización colectiva de la economía no es un fin en sí misma, es el medio para asegurar la libertad y el completo desarrollo de la persona humana. Al perseguir la emancipación humana el socialismo está ligado indisolublemente a la democracia. La propiedad colectiva no puede concebirse sin democracia. La propiedad colectiva y socialismo son imposibles en un régimen despótico, en donde los miembros de la colectividad estén privados del derecho de decidir libremente sobre el modo en que esta propiedad debe ser organizada y regida, y sobre las reglas según las cuales deban ser distribuidos, entre aquéllos, los frutos de su trabajo. Según Kautsky, para Marx, la implantación del socialismo sólo podría ser obra de la propia clase obrera y creía posible esta realización en el lugar y en el momento en que dicha clase hubiera alcanzado la fuerza y la educación necesarias. La condición para lograrlas consistía, por un lado, en un desarrollo económico avanzado y, por el otro, en una gran libertad política, es decir, en una vigorosa ascensión del movimiento obrero. Kautsky atacó la experiencia del comunismo soviético, precisamente, por su tentativa de imponer el socialismo en un medio atrasadísimo recurriendo a una feroz esclavitud de Estado y a una explotación inhumana del trabajo. Y la realidad del capitalismo de Estado burocrático y de tiranía política no significa el fracaso de los métodos socialistas del marxismo, sino el de los métodos del utopismo operando con un proletariado insuficientemente desarrollado. Es un fracaso de la dictadura como medio de conservar el

poder y de realizar el socialismo. El comunismo soviético posee escasa relación con el socialismo porque en su funcionamiento aplasta al hombre con el peso del despotismo en lugar de elevarle y emanciparle. El socialismo se revela superior al comunismo, al perseguir la democratización económica, social y política junto al ennoblecimiento espiritual de la sociedad y del individuo.

Ha ayudado también a extender el errado juicio de que el socialismo es el enemigo de la libertad, el hecho de suponerle un afán igualitario en un sentido nivelador. El socialismo rechaza la igualdad entendida en esta forma por considerarla una concepción simplista y torpe. Únicamente pretende conquistar una base material justa y equitativa para todos a través de la socialización de los medios de producción y de la eliminación de las clases sociales, de donde partan los individuos en iguales condiciones y con iguales oportunidades. El socialismo quiere elevar al hombre sobre sus propias necesidades para hacerlo alcanzar el dominio de la plena libertad. Para los socialistas, la libertad es una realidad y un ideal. Ella es, a la vez, el motor de la vida humana y su objetivo. Los socialistas no niegan la libertad; niegan que pueda ser efectiva por el solo conocimiento de las leyes de la naturaleza y de la evolución histórica, y niegan que sea un milagroso don del cielo, una mera facultad poseída. La consideran un esfuerzo incesante, una creación humana continua, inseparable de la confianza en sí y de la acción. La libertad es la acción del hombre para dominar la naturaleza y superar las contradicciones de la Historia. De este modo, el socialismo es el más completo humanismo. En todas las épocas de la Historia se comprueba este esfuerzo del hombre por escapar de la animalidad para mejorar sus condiciones de vida y de pensamiento. El hombre tiene conciencia de su libertad, pero no la ha podido realizar en plenitud. Perteneció al socialismo hacerla existir verdadera y totalmente. La libertad no puede imperar en una sociedad donde las clases dominantes, dueñas de los medios de producción, aplastan y subyugan a las clases que no poseen sino su fuerza de trabajo. La libertad, entonces, no puede ser el privilegio de algunos elegidos; ella implica un esfuerzo de todos para realizarla. La libertad no puede ser efectiva más que en una sociedad sin clases.

El socialismo es un completo humanismo porque supone la abolición de la enajenación del hombre; su recuperación como verdadero ser humano. El socialismo “es la abolición positiva de la propiedad privada, de la autoenajenación humana y, por lo tanto, la apropiación real de la naturaleza humana a través del hombre y para el hombre. Es, pues, la vuelta del hombre mismo como ser social, es decir, realmente humano, una vuelta completa y consciente que asimila toda la riqueza del desarrollo anterior... Es la resolución definitiva del antagonismo entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre. Es la verdadera solución del conflicto entre la existencia y la esencia, entre la objetivación y autoafirmación, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Es la solución del dilema de la historia y sabe que es esta solución”.